



ELOGIO FÚNEBRE

DE LOS OBISPOS DE LA PROVINCIA MEJICANA QUE HAN FALLECIDO DESPUÉS DEL CUARTO CONCILIO DE LA MISMA, PRONUNCIADO EN LA CATEDRAL DE MÉJICO EL 30 DE OCTUBRE DE 1896 EN PRESENCIA DE LOS PADRES DEL QUINTO CONCILIO PROVINCIAL MEJICANO.

Laudemus viros gloriosos, et parentes nostros; homines divites in virtute, pulchritudinis studium habentes, pacificantes in domibus suis.

Alabemos á los varones gloriosos, nuestros predecesores, hombres ricos en virtudes, solícitos del decoro del Santuario; pacíficos en sus casas.

Eccl., XLIV, 1-6.

CUÁN bella, Venerables Padres del Concilio V mexicano, cuán bella! cuán sublime, cuán admirable es nuestra Madre la Iglesia católica, en sus ritos, en sus solemnidades, en sus ceremonias! ¡Cuán tierna esa piedad filial que nos infunde hacia nuestros padres y jefes espirituales! ¡Qué misterios tan consoladores encierran esas ordenaciones de la sagrada liturgia, que en medio de los actos más espléndidos del culto, y cuando

nuestro ánimo está inundado de la mayor alegría, nos prescriben místicas plegarias por nuestros bienhechores difuntos! Hoy nos congrega bajo las bóvedas de esta augusta basílica el grato deber que impone el rito á los obispos reunidos en Sínodo provincial, de celebrar solemnes funerales por todos los Prelados de la provincia que desde el último Concilio pasaron á mejor vida, y de pronunciar ante el clero y el pueblo sus alabanzas. Uno de vosotros acaba de ofrecer por sus almas el Sacrificio propiciatorio; tócame á mí, que aunque no de vuestro gremio, he podido por bondad del metropolitano asistir á vuestras reuniones, tejer el elogio de los setenta Prelados comprovinciales que han fallecido desde que en 1771 celebró sus sesiones, en este mismo recinto, el Concilio IV de Méjico.

¡Elogiar en breves minutos á tantos ínclitos varones, cuando la vida de cada uno podría llenar volúmenes, cuando sus oraciones fúnebres componen una entera biblioteca! Temeridad parece el formular tan sólo semejante proposición. Tal es, sin embargo, la tarea que el rito y vosotros, Venerables Padres, me habéis impuesto; tarea que sería imposible desempeñar si no se tratara del Episcopado mejicano de la última parte del siglo décimo-octavo, y de casi todo el siglo presente. Los insignes personajes que hasta ahora lo han

compuesto, se parecen tanto por sus altas virtudes apostólicas, que se confunden entre sí, y elogiar á uno es elogiar á todos; ensalzar al Episcopado en general, es encomiar á cada uno en particular. Esta circunstancia es la única que facilita mi empresa, que de otra manera abandonaría por imposible.

No de otra suerte entonó el *Eclesiástico* el panegírico sublime de los santos patriarcas, de los héroes preclaros, de los pontífices y levitas del antiguo Israel. Con él os digo yo en esta solemne ocasión: pronunciemus las alabanzas de tantos varones ilustres, que reconocemos como padres espirituales, que aclamamos nuestros mayores y progenitores nuestros en la fe: *laudemus viros gloriosos et parentes nostros in generatione sua*. Gobernaron el pueblo de su tiempo con la virtud de la prudencia, dando muy santas instrucciones á sus súbditos. Hombres ricos en virtudes, solícitos del decoro del Santuario, pacíficos en sus casas. *Homines divites in virtute, pulchritudinis studium habentes, pacificantes in dominibus suis*. Todos éstos alcanzaron gloria y honraron su siglo. Los que después vinieron dejaron un nombre que hace recordar sus alabanzas, si bien es cierto que hubo algunos de cuyos hechos no queda memoria. Aquellos fueron varones misericordiosos y caritativos, cuyas obras de piedad no han caído en olvido.... Ce-

lebren los pueblos su sabiduría y repítanse sus loores en las asambleas sagradas: *Sapientiam ipsorum narrent populi et laudes eorum nuntiet Ecclesia.*

Tal es el elogio general que traza el inspirado autor del *Eclesiástico*, y descendiendo luego á encomios particulares, habla de Enoch y de Noé, de Abraham y de Jacob. Dice de Moisés que fué amado de Dios y de los hombres, *dilectus Deo et hominibus*, cuya memoria se conserva en bendición entre su pueblo, á quien glorificó el Señor en presencia de los reyes y le mostró su gloria. Ensalzó (continúa) ensalzó á Aarón su hermano, y semejante á él, de la tribu de Leví. Asentó con él un pacto sempiterno y dióle el sacerdocio de la nación. Esforzado en la guerra fué Jesús, hijo de Nave, sucesor de Moisés, más que grande en salvar á los escogidos de Dios; y á Caleb dió el Señor gran valor y conservóle vigoroso hasta la vejez para subir á ocupar la montaña de Hebrón en la tierra prometida. Habla después de Nathán profeta, de David y del pacífico Salomón, de Elías y de Eliseo, y con elocuencia sin igual encomia, por último, á Simón, Sumo Sacerdote, que como lucero de la mañana entre tinieblas, como la luna llena, como sol refulgente, brillaba en el templo de Dios.

Siguiendo las huellas de este autor inspirado, os hablaré ante todo de las virtudes que

han distinguido por ciento veinticinco años á nuestro episcopado. Entresacaré luego, de esa multitud de egregios Pastores, á algunos que han descollado sobre todos, cuyos nombres quedan grabados en la historia con caracteres indelebles, cuya memoria se ha conservado más viva en las generaciones que les han sucedido. Escuchadme con indulgencia; no cansaré por largo tiempo vuestra atención.

I

Antes que hablar del episcopado mejicano, se presenta una cuestión de capital importancia. ¿Ha existido en la Nueva España, existe en la República de Méjico lo que puede llamarse un *episcopado*, ó hemos tenido simplemente un cierto número de obispos, dispersos en sus respectivos territorios, y atendiendo cada cual á su grey, pero sin formar un cuerpo compacto y unido, con una sola cabeza, un solo corazón y una sola alma? ¿Era posible esta uniformidad cuando las distancias entre diócesis y diócesis eran tan grandes y las comunicaciones tan difíciles? ¿Eran realizables la armonía y la fraternidad entre personajes que ni en concilios, ni en juntas particulares podían congregarse, que no se conocían perso-

nalmente, y eran oriundos de diversas regiones de la Vieja España ó de sus numerosas colonias?

Permitidme recordaros, Venerables Hermanos, que aquella incomparable oración que dirigió Jesucristo á su Eterno Padre en pro de la unidad de la Iglesia, *ut omnes unum sint*, fué proferida por sus divinos labios momentos antes de su pasión, y por consiguiente, cuando no estaba lejos la dispersión de sus Apóstoles. Muchos de éstos, después de la final despedida al separarse para predicar el Evangelio á todas las naciones del mundo, no habían de tener una oportunidad de volver á verse y apenas de escribirse. ¿En qué comunicación podía estar, por ejemplo, Tomás desde las remotas Indias, con Santiago en el interior de la España? Si San Pablo en sus viajes, que ahora nos parecerían excursiones de placer, por el solo Mediterráneo, corrió tantos peligros, padeció naufragios y sufrió tantas penalidades, ¿cómo podrían sus compañeros de apostolado emprender, sólo por verse á menudo, largas peregrinaciones, que habrían durado años enteros, y les habrían quitado un tiempo indispensable para su obra de evangelización? Y sin embargo, fueron siempre *cor unum et anima una*; y ya reunidos en Jerusalén, ya dispersos por el mundo, fueron no sólo doce (ó mejor dicho trece) Apóstoles, sino que

constituyeron el Senado apostólico. Si alguna ligerísima divergencia de opiniones se manifestó entre algunos de ellos, fué cuando se reunieron en la Ciudad Santa; jamás se notó la menor diferencia cuando, en el desempeño de su augusta misión, predicaban en las diversas regiones del globo; y todos obedientes á Pedro, todos unidos entre sí por fraternales vínculos, constituían un solo cuerpo, cuya cabeza estaba primero en Antioquía, luego en Roma, mientras sus miembros gigantescos abrazaban el orbe entero.

No de otra suerte ha sucedido con el episcopado mejicano. Quizá la distancia que separaba á los Prelados hacía que concibieran unos de otros mayor estimación, y que á semejanza de las sombras, que crecen á medida que se alejan del foco, aumentara la grandeza moral de cada obispo á los ojos de sus colegas, y se unieran más y más sus almas, mientras más lejos se hallaban sus cuerpos. El caso es que los archivos episcopales están llenos de cartas edificantes, en que se consultan mutuamente los Pastores de las iglesias más remotas, sobre asuntos arduos y cuestiones espinosas, en que se consuelan en sus trabajos, y se ponen de acuerdo en los puntos de más difícil resolución. Tiempos azarosos ha atravesado la Iglesia mejicana desde 1771 hasta la fecha, durante largas épocas que han empezado respectivamente

en 1808, 1833, 1857, 1874. ¿Dejó, por ventura, de notarse en los actos públicos de los Prelados la misma armonía, la misma uniformidad, la misma unión que se manifestaba en sus relaciones privadas? Ya sea para hablar ó para callar, para luchar ó para sufrir, para increpar ó para perdonar, todos como un solo hombre se movían en el mismo sentido y en la misma dirección, solícitos siempre del decoro del Santuario, *pulchritudinis studium habentes*. Al episcopado, pues, como á un cuerpo moral se pueden dirigir mis elogios; y los que á uno de sus miembros enderece tendrán que ceder en alabanza de todos.

La virtud que en él ha sobresalido es el desinterés, la falta absoluta de ambición, el desprecio de los honores. No necesito recordaros, Venerables Padres, aquella cuestión sobre precedencia que se suscitó entre los mismos Apóstoles: *contentio quis eorum videretur esse major*. Mucho menos llamaré á vuestra memoria la petición de la santa esposa del Zebedeo para que á sus hijos otorgase el Señor en el Reino de los cielos las dos sillas más importantes á su derecha y á su izquierda. Si de tal suerte llegó á introducirse la ambición aun entre aquellos santísimos personajes, ¿qué mucho que alguna vez domine á los mortales imperfectos de nuestros tiempos? Con todo, jamás ha llamado á las puertas del episcopado

mejicano. No parece sino que todos y cada uno de nuestros predecesores profesaban los principios del insigne cardenal Lorenzana, cuando escribía en el prólogo de sus Obras Pastorales: «Un obispo digno del empleo se juzga por un hombre muerto al siglo, y sin carne ni sangre.....; sólo es capaz para obispo el que no tenga ganas de serlo, como con discreción respondió Santa Teresa á un canónigo.»

Si se trata de los obispos del período colonial, el sólo atravesar los mares y venir á tomar posesión de estas sedes remotas implicaba ya un enorme sacrificio, y era prueba de apostólico desinterés. Grande como era la fama de Méjico ó de Lima, se reputaban estas ciudades tan inferiores á cualquiera de las de España, que fray Payo Enríquez de Rivera, hijo como era del Duque de Alcalá, consideró como un ascenso el obispado de Cuenca, después de haber desempeñado con gloria los cargos de Virrey y de Arzobispo de Méjico. Otro tanto acaeció con el venerable Palafox, que trocó por el obispado de Osma la rica mitra de Puebla de los Ángeles y el bastón de Virrey y y Capitán general de Nueva España. En el cardenal Lorenzana se admiró como un acto de incomprensible abnegación el dejar el obispado de Placencia para venir á la arquidiócesis de Méjico; y aun tratándose de dignida-

des inferiores, en época tan reciente como los últimos días del siglo pasado, se juzgaba tal sacrificio el venir á este lado del Océano, que el poeta Meléndez Valdés dirige á un amigo suyo, nombrado canónigo de Guadalajara, sentidísimos versos de eterna despedida, cual si viniera á arrojarse en brazos de la muerte, y no á disfrutar una pingüe prebenda. No buscaban, pues, honores ni dignidades los que venían á gobernar nuestras diócesis, sino sacrificios y privaciones.

En los últimos años vemos á un Portugal rogando que se aparte de sus sienas la mitra de Michoacán, que llevó después con tanto decoro; á un Munguía rehusándola, más bien que pronunciar un juramento que á primera vista juzgaba ilícito; á un Alamán renunciando obstinadamente á la de Sonora; á un Belaunzarán despojándose de la de Linares, que ya ceñía. Estaba, sin duda, fresca en su memoria la heroica acción del obispo Bergosa, quien, engañado con un falso nombramiento, venía á tomar posesión del arzobispado de Méjico; y descubierta la verdad, antes de volver á su Oajaca, se detenía con admirable abnegación y humildad á consagrar al arzobispo Fonte, preconizado en su lugar para esta metrópoli.

Pero en nadie más que en el insigne obispo de Puebla, D. Francisco Pablo Vázquez, resplandece este noble desinterés. Bien recordáis

su historia, Venerables Padres. Enviado como Embajador de la naciente República mejicana, cerca de la Santa Sede, con el objeto principal de conseguir que se preconizasen obispos para las diócesis, vacantes en su mayor parte en la antigua colonia, las circunstancias adversas que á su misión se opusieron le suministraron propicia ocasión, al mismo tiempo que para lucir su talento diplomático, para manifestar á los ojos de Roma y del mundo su apostólico desprendimiento. El Gobierno español, que aún no había consentido en la emancipación de sus antiguos dominios de América, reclamaba todavía el patronato, y la Santa Sede no se atrevía á romper con la nación católica por excelencia. Por otra parte, el Padre Santo comprendía las necesidades de sus fieles hijos de Méjico, y deseoso de conciliar todos los intereses, determinó dejar vacantes las diócesis y mandar obispos titulares (llamados hasta hace poco *in partibus infidelium*) que rigieran provisoriamente las diversas comarcas del territorio mejicano como Vicarios Apostólicos. Semejante temperamento ni agradaba, ni podía agradar á nuestro Gobierno ni á su plenipotenciario. Equiparaba esta medida á Méjico, tan católica y con una Iglesia tan bien cimentada y tan rica, con los países infieles del Asia ó las incultas regiones del África. Se opuso á ello, por consiguiente, con todas sus fuerzas

nuestro enviado, y causan admiración las notas tan respetuosas, al par que tan enérgicas, que dirigió al cardenal Albani.

Notad, Venerables Padres, la difícil posición del ministro Vázquez. Era sacerdote y era representante de un Gobierno republicano. Era uno de los candidatos para las dignidades que se solicitaban, y tenía que sostener al mismo tiempo la dignidad del Gobierno que representaba. Se le ofreció uno de los vicariatos apostólicos en proyecto y la consagración episcopal. Él todo lo rehusó, y pidió una y más veces sus pasaportes al Secretario de Estado de Su Santidad, devolviendo resueltamente, aunque con sumo respeto, su propio nombramiento, y exponiéndose á una desgracia que le cerrara para siempre las puertas del episcopado.

No fué así, por fortuna. Más tarde consiguió lo que deseaba el pueblo mejicano; la Santa Sede proveyó de obispos dignísimos las sillas aún vacantes, y él mismo fué gloriosa lumbrera de la de Puebla. Así dispone la Providencia que lluevan los honores sobre aquellos que no los buscan. Así ha premiado el desinterés de nuestros Pastores, acumulando sobre muchos de ellos distinciones aun extrañas al ministerio sacerdotal. Así lo hizo con los arzobispos Haro y Peralta, y Lizana y Beaumont, ambos Virreyes y Capitanes generales

en los últimos años del régimen colonial. Así agració también con altos cargos en el Estado á no pocos Prelados después de la independencia, de los cuales sólo nombraré al Eminentísimo Sr. D. Juan Cayetano Portugal, obispo de Michoacán.

Quisiera tener tiempo de hablaros de sus brillantes estudios y triunfos literarios en Guadalajara, de sus virtudes sacerdotales, de su actividad como párroco, de su dón de gobierno antes y después de ascender al episcopado. Sólo puedo deciros que los votos de sus conciudadanos lo sacaron más de una vez de su retiro para llevarlo á la Cámara de Diputados y al Senado, y que allí defendió los derechos de la Iglesia y de la humanidad con tanto denuedo, que le valió su conducta grandes elogios del inolvidable Pontífice Pío IX. También le atrajo la animadversión de los enemigos del orden social, que lo condenaron á duro destierro; pero mientras á éste se encaminaba, la Providencia, en cuyas manos están los destinos de las naciones, cambió de tal suerte los corazones de los hombres, que el castigo se trocó en nuevos é inesperados honores; y el que debía salir expatriado, se instaló triunfante en el palacio presidencial como Ministro de Estado.

Aquí otra vez miró de tal suerte por los intereses de la Iglesia, y unió tan estrechamente

el Gobierno nacional con la Santa Sede, que este alto puesto fué tan sólo el escalón para subir á otro mucho más encumbrado.

Quizás al oirme hace un momento apellidarlo *Eminentísimo*, calificasteis este dictado ó de adulación refinada ó de distracción involuntaria. No, señores; este título le corresponde como á Cardenal que fué de la Santa Iglesia Romana, si bien la muerte, ayudándole eficazmente en su empeño de esquivar los honores, le impidió vestir la sagrada púrpura. ¡Quién me diera las elocuentes palabras con que su sucesor, el fecundísimo arzobispo Munguía, pintaba en el púlpito de la catedral de Morelia el gozo de los michoacanos al recibir la noticia de su glorioso nombramiento, y las fiestas con que se preparaban á celebrar suceso tan fausto; fiestas, ay, que se trocaron en llanto y en hondo luto, que debiera durar eternamente! Pero sólo pueden mis vacilantes labios prorrumpir en dolorida queja y exclamar: No te envanezcas, oh vecina República del Norte, de haber sido la primera del Nuevo Continente que haya dado uno de sus hijos al augusto Senado que forma la corona del Pontífice máximo. El primer Cardenal americano fué el obispo de Michoacán, D. Juan Cayetano Portugal.

Aunque enemigo nuestro episcopado de los honores, una vez que los aceptaba cumplía con los deberes que traen anexos con inquebran-

table celo é infatigable actividad. Sirva de ejemplo el insigne Haro y Peralta, que sucedió al cardenal Lorenzana en el arzobispado de Méjico. No olvidéis que la arquidiócesi se extendía en ese tiempo desde el Atlántico hasta el Pacífico, y no en istmo angosto, sino comprendiendo vastísima zona que abrazaba desde Tampico hasta Acapulco. Todo lo recorrió el activo Pastor, no una vez, sino diez y siete: en sus laboriosas visitas y en su larga residencia en la capital, confirmó dos millones de cristianos (de Santo Toribio se cuenta con maravilla que hizo ochocientas mil confirmaciones) y ordenó con sus manos más de once mil sacerdotes. Y contad que algún tiempo, como antes he indicado, unió á la dignidad arzobispal la de virrey; que cultivó las letras y las ciencias sagradas, como atestiguan los tres volúmenes de sus obras que corren impresos; que predicaba constantemente y fomentaba el Seminario Tridentino; que fundó y dotó no pocos establecimientos de beneficencia; que fué hábil administrador, y bajo su gobierno aumentaron las rentas de la arquidiócesi; que amó los institutos religiosos y cuidó con solicitud de la disciplina monástica.

Lo que este egregio Prelado practicó durante veintiocho años, lo hicieron igualmente sus sucesores; y vosotros, Venerables Padres, fuisteis testigos de la actividad, celo, ciencia,

y piedad que resplandecieron en los dos últimos arzobispos, el venerable Garza y el inolvidable Labastida. Y en Michoacán y en Guadalajara, y en las remotas Yucatán y Linares imitaban los sufragáneos el heroísmo del arzobispo, y en épocas de paz y de guerra, de prosperidad ó de pobreza, en salud y en enfermedad atravesaban los desiertos, escalaban las montañas, desafiaban las tempestades, cruzaban los ríos apacentando sus ovejas. Sus rentas, pingües ó escasas, eran invertidas en socorrer á los menesterosos, en fomentar los estudios eclesiásticos, en fundar establecimientos de educación y caridad, en edificar y restaurar iglesias, santuarios, conventos, monasterios. ¿Quién de vosotros ha olvidado las apostólicas excursiones del primer Suárez Paredo en Veracruz? ¿Quién ignora la actividad con que, sacando fuerzas de flaqueza, visitaba, aun en los últimos años, su vasta diócesis de Puebla el venerando Sr. Vargas, cuyas extraordinarias virtudes todos admirasteis; de cuya ciencia y letras conservan indeleble recuerdo los incontables discípulos que formó allá en Guadalajara, en donde brillaba como astro de primera magnitud? Consagrémosle, Venerables Padres, un recuerdo especial. Os fué arrebatado cuando más necesitábamos de sus luces y de su doctrina en este Concilio. Murió, como buen soldado, sobre la brecha. Lo vimos en la

apertura del Sínodo, arrastrarse penosamente hasta el altar, agobiado bajo el peso de los paramentos pontificales, y mal sostenido por el báculo que tan bien había sabido llevar. Lo vimos postrarse ante las aras, y luego..... deslizarse fuera del santuario para extenderse sobre el lecho de muerte. Lloremos su pérdida, y esperemos que desde el cielo haya asistido á nuestro Concilio.

Imposible, Venerables Padres, mencionar uno á uno los setenta Pastores cuyo elogio me toca pronunciar. Imposible enumerar las virtudes que los adornaron. Hay una, empero, sobre la cual quiero fijar vuestra atención. Los hemos admirado en su solicitud por el decoro del santuario *pulchritudinis studium habentes*; cúmplenos ahora observar su espíritu de paz evangélica, aun en medio de los mayores sacudimientos, *pacificantes in domibus suis*.

Los últimos años del siglo pasado, aunque de violentas convulsiones en Europa, fueron todavía de paz para la Nueva España, y, por consiguiente, para su Iglesia, como lo van siendo los últimos del siglo presente. Pero entre estas dos épocas ha corrido un período larguísimo de revoluciones y trastornos, de luchas sangrientas y guerras sin misericordia. ¿Y en la multitud de combates que en tantos años se han librado, se ha visto, por ventura,

á algún obispo acaudillando sus mesnadas como los prelados de la Edad Media, ó siquiera defendiendo las murallas de alguna ciudad ó fortaleza? Y tened en cuenta que si las turbas corrían con tanto ardor en pos de sus sacerdotes convertidos en caudillos, ¡con cuánto más ardimiento no se habrían agrupado en derredor de un obispo, formando en su torno invencible muralla! Pero ni uno solo abandonó su misión de paz ni hizo traición á sus deberes; y prefirieron mil veces la ruina propia, y aun la del santuario, antes que convertir el báculo en arma de guerra. Afirmemos, Venerables Padres, afirmemos esta verdad histórica en la actual ocasión en que nos toca presentar á nuestro episcopado á los ojos del mundo, no sólo rico en virtudes, pero sin tacha ni dolo; *irrepreensible*, en una palabra, como exige el Apóstol.

¿Y por qué, dirá alguno, cuando tanta uniformidad de sentimientos y tanta unión de corazones ha habido en el opiscopado mejicano, no se hizo en ciento veinticinco años un sólo esfuerzo para reunirse en concilio? Voy á exponeros sencillamente los hechos. La Revolución francesa, que afectó al Gobierno de España, y por consiguiente, á sus colonias, lo hizo imposible en los últimos años del siglo XVIII. Vinieron luego nuestra guerra de independencia, y la larga vacante de casi todas

nuestras sillas episcopales, y nuestras incesantes contiendas civiles, y el destierro de nuestros obispos, y los cambios radicales en la legislación y el trastorno inevitable en nuestra disciplina. En semejantes circunstancias, ¿era posible otra cosa que la Junta de diocesanos de 1822, ó la reunión de obispos cuando se celebró el jubileo sacerdotal del venerable arzobispo Labastida? Pero apenas, y precisamente en la época de esta última reunión, empezó á despuntar una aurora de paz para nuestra Iglesia y de estabilidad para el Estado, cuando se pensó en la convocación de un concilio para el tiempo, que entonces se creía más cercano, de la coronación de María Santísima de Guadalupe. No se fijó su forma ni su categoría, y la muerte impidió al ilustrísimo Sr. Labastida el realizar sus grandiosos proyectos, de que ha quedado constancia en los archivos.

Lo que á él negó la Providencia, estaba á Vos reservado, venerable Metropolitano, y no podéis figuraros cuánto me regocija el contemplaros bajo ese augusto dosel, circundado por la brillante corona de los egregios padres del Sínodo V mejicano. No olvido, ni puedo olvidar, que yo ungué vuestra cabeza con el óleo santo en el orden episcopal y que mis manos os ayudaron á subir al trono que con tanta majestad ocupáis. Mías son, por tanto,